



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS



José Pool, "Cobx ximbal le behó" / Caminemos, 2005, xilografía, 24.8 x 17.5 cm

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Dos cuentos / Jorge Arturo Ojeda	
El placer de lo imposible. Tres poemas de Baudelaire / Eduardo Uribe	13
Poemas / Iván Cruz Osorio	18
Poemas / Andrés Márquez	21
La sed de Venus / Gilberto Lastra Guerrero	27
En la tercera caída / Norma Irene Aguilar Hernández	30
La fábula y la contrahistoria: Ibarguengoitia a través de <i>Los relámpagos de agosto</i> / Rodrigo Martínez	33
Grabados dispersos / Jose Pool	40
CONCURSO 36 DE PUNTO DE PARTIDA	53
SÉPTIMA ENTREGA	
El padre de (casi) todos los tianguis (crónica) / Juan Antonio García Acevedo	54
Hojas negras / Jorge Rojas Rodríguez	59
EL RESEÑARIO	
<i>Espacio en disidencia</i> , o la visión que se desdobra / Christian Barragán	61

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Gerardo Estrada
Coordinador de Difusión Cultural

Gerardo Kleinburg
Director de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 137, mayo-junio 2006

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Rodrigo Martínez
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Ilustración: Taller coordinado por Santiago Ortega
Grabado de portada: José Pool, *Caminemos*, 2005
Impresión: Imprenta de Juan Pablos S.A.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

www.literatura.unam.mx

correo electrónico: partidar@servidor.unam.mx

cestrada@correo.unam.mx

Como sucede con todo clásico, la vigencia de la poesía de Charles Baudelaire no se discute, y Eduardo Uribe nos regala en esta ocasión su traducción de tres poemas tomados de *Le Spleen de Paris*, poesía en prosa, libro mítico del autor francés que sigue siendo, a decir de Uribe, “el envenenador de todos los lunáticos que viven el placer de lo imposible”.

Este número incluye la séptima entrega del concurso 36 de *Punto de partida*, con una crónica ganadora de mención: “El padre de (casi) todos los tianguis”, de Juan Antonio García. Esta entrega es la última correspondiente a esa emisión, dado que, a partir del próximo número, publicaremos a los ganadores en el concurso 2005-2006, cuyos resultados aparecen también en estas páginas. Además, presentamos una serie de colaboraciones: poemas de Iván Cruz y Andrés Márquez, ambos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y de Gilberto Lastra, de la Universidad Autónoma de Durango; un cuento de Norma Irene Aguilar —historia de amor y deseo en la arena de lucha libre—; y otro de Jorge Rojas, de la Universidad de Guanajuato, amén de dos cuentos cedidos generosamente a nuestro Árbol Genealógico por el escritor Jorge Arturo Ojeda, quien en 1967 publicara en esta revista fragmentos de su novela *Como la ciega mariposa*.

Rodrigo Martínez presenta aquí sus reflexiones sobre la obra del narrador y dramaturgo guanajuatense Jorge Ibarguengoitia a partir de su primera novela, *Los relámpagos de agosto*, galardonada con el Premio Casa de las Américas en 1964.

Para terminar, como reportaje gráfico, una muestra del trabajo en grabado del artista José Pool, de la Academia de San Carlos, y la recomendación a la lectura de *Espacio en disidencia*, libro colectivo de siete jóvenes poetas, algunos de ellos colaboradores asiduos de *Punto de partida*: Iván Cruz, Leopoldo Lezama, Rafael Mondragón, René Morales, Luis Paniagua, Luis Téllez y Alberto Trejo. ❶

Dos cuentos

Jorge Arturo Ojeda

Asunto de canarios

Han traído un canario a casa. Aunque la compra incluía la jaula, los \$125 son mucho dinero. El ave no es de familia de alcuernia: manchas negras en las alas denotan el turbio origen. Sabemos que no se acostumbrará a nuestra casa perfectamente pues sus uñas son largas, signo de edad. Su canto carece de atractivo. Los canarios color zanahoria y los profundamente amarillos de pura raza improvisan los más sutiles gorjeos. Pero Luisito, nuestro canario, canta rudamente: echa una serie de gritos sin despliegue melódico, como pequeña ametralladora. Todo en él es sin gracia ya que no sólo consume cantidades exageradas de jibia y vaina, también esparce el alpiste sobre el suelo, lo cual es un gasto adicional. Debo decir que un día se enfermó y tuvimos que pagarle veterinario, cosa muy imprevista.

Con su dudosa procedencia de verdines y gorriones, ninguna persona lo ha aceptado para casarlo con sus pajaritas de buena familia, y eso representaría algún dinero. Además, el tiempo que nos toma su aseo cotidiano es incontable.

He recordado con nostalgia el pájaro de cuerda de mi tía Rosa. Lo trajo de Italia. La jaula, un primor que ella lustraba con sustancias especiales, estaba sobre el aparador de las copas. Solamente le daba cuerda en la sobremesa, cuando había invitados. Se movía rítmicamente al trinar, y aunque no volara, parecía vivo. Unas gotas de aceite bastaban para varios meses y su canto duraba dos o tres minutos. Aunque caro en un principio, fue gasto de una sola vez. Cuando dejó de servir el mecanismo, siguió siendo un lindo adorno del comedor.

Pero Luisito es otra cosa... Sin embargo, no nos atrevemos a echar a volar los \$125 pues sería una crueldad dejarlo morir de hambre, ya que no sabe, ni nunca ha sabido, ganarse la vida en modo alguno.

Zoofilia

Por la mañana vi al canario en la jaula prendida a la ventana roja. Toño se asomó para decirme hola y habló un rato con el canario.

Al día siguiente, Toño apareció con su gato negro, sacó del bolsillo del pantalón un cordel grueso y probó dos nudos corredizos. Con los ojos fijos, estrechando su muñeca, Lili preguntó:

—Toño, ¿qué haces?

—Nada. ¡Lárgate!

Lili se llevó las manos a la cara y luego hizo una mueca de llanto. Dejamos de jugar. Sostuve la pelota y volví la cabeza. Los muchachos permanecieron de pie. Toño dio un tirón al cordel grueso y un maullido rechinante nos pasmó. El gato anudado de las patas traseras daba vueltas en el aire, retorciéndose, con un sollozo lento por inacabable, y él apretaba con más fuerza el cordel que le ponía roja la mano, luego morada, y en una voltereta, cuando el gato dilataba los ojos amarillos y circulares, él lo soltó, y sobre la piedra de granito se azotó el bulto negro y dio una maroma sobre los escalones del edificio. Toño se frotó la mano y de nuevo enredó el cordel, dio varios tirones, e impulsándose con una breve carrera, el gato volvió a levantarse del suelo y a girar con el persistente maullido.

—Déjalo. ¿Para qué lo matas? —grité.

—Mira, no lo vas a matar: tiene siete vidas —gritó Quique.

—Las siete se las quito, una por una.

Toño golpeó al gato tantas veces que ya estábamos angustiados de que siguiera viviendo. Las niñas habían corrido a sus casas, pero Lili, sola, miraba. Y una señora salió a la puerta, con los brazos rígidos, y extendió las manos sobre el vestido.

Cuando por fin Toño puso al gato en un rincón, vivo todavía, tembloroso, un quejido mostró los colmillos blancos y afilados.

—Déjalo, no lo mates. Siquiera que se muera solo.

Un silencio total, azul de lado a lado de la calle, nos encogió en el asombro. Polo fue a su casa y trajo corriendo unas hojas de papel periódico y cubrió el rincón, y encima le echó más periódico. Pepe y Juan dijeron vámonos y Carlos agarró la pelota

y nos fuimos a otra calle. No escuchamos cuando regañaban a Toño, que ya lo acusarían con su madre cuando viniera del trabajo, que ya vería: eso no lo oímos.

Por la tarde el mismo Toño llamó al ropavejero que pasaba, y el ropavejero levantó los periódicos y torció el cuerpo y la cabeza, con una mano y con la otra, del gato que apenas respiraba. Toño le ofreció un peso y el hombre lo rechazó.

Toda la noche estuvo colgada la jaula vacía en la ventana roja.

Toño tiene mucho entusiasmo. Siempre ha sido industrioso y el negocio de gallinas es bueno: venderá huevos y pollitos. Las razones eran definitivas aunque su madre no quería convencerse.

Desde mi casa conté las veinte gallinas blancas, muy finas, muy esponjadas. Algunos meses después Toño ya no tenía dinero para alimentarlas. Las ventas eran escasas y producían poco, casi no había huevos y era difícil comprar un gallo, más bien, ya no lo compraría.

Desde la azotea de mi casa oí que su madre le dijo:

—Te lo advertí. Ya eres mayor, busca un trabajo. Yo no voy a darte un centavo para esos malditos animales.

Después les vació la basura de la cocina. Las gallinas regocijadas comenzaron a devorar los papeles aceitosos y las sobras de ensalada. A veces yo les echaba pedazos de pan, pero llegué a fastidiarme. “¡Bah, que se mueran!”, pensé.

Días después las gallinas, sólo tres, estaban casi desplumadas, y de cuando en cuando se perseguían para arrancarse el pellejo. Con los huesos casi zafados, tambaleándose, tragaban la sangre de sus compañeras. Yo vi una, acurrucada, dejarse matar a picotazos por las otras dos. Y vi a las otras dos levantar el pescuezo y aleatear, una junto a la pared, la otra sobre la alcantarilla, y no moverse durante la tormenta, hartas del último festín de carne.

Toño no se atrevió a regalarlas y las echó muertas, de noche, a un terreno baldío.

Hace unos días se columpiaba en la ventana roja un changuito, y cuando se lo dije, Toño, enojado, respondió:

—Es una marta. Si la llevo a donde tienen criaderos se le va a poner el pelo blanco.

Vi a la marta, graciosa, de completo color marrón, y su cola se erguía haciendo interrogaciones y se prendía en los barrotes. Con su collar de cuero, rascándose la barriga, parpadeando sus ojotes negros, era tan bonita como el tití de la concesionaria de coches que está en la avenida Chapultepec.

—¿Es una marta? —pregunté—. Parece mono araña.

—Me aseguró el señor que es una marta. Es un señor muy rico, que tiene una casa grande. Cuando me la regaló, me dijo que era una marta.

—¿Qué nombre le pusiste?

—Pues, Marta, ¿no?

Toño abrazó a la marta y luego la puso en el hombro, y volvió al rato, después de un ostentoso paseo por la calle.

Toño me dijo que la marta saltaba de los restos del gallinero abajo y volvía a treparse. Le colgaba la correa rota y subía a los maderos y bajaba.

En otra ocasión me dijo:

—Fíjate que la marta se estranguló con la correa. Se desesperaba de estar en el patio. Y yo que quería verla blanca...

—Pero si sabes que no hay criaderos de martas en México... yo no sé de ninguno.

Un día su madre me dijo:

—No sé qué pájaro le chifla en el cerebro o qué mala entraña lo hace ser así. Desde que lo expulsaron del colegio anda sin dar pie con bola, y yo igual. Trabajo como burro. No quiero castigarlo: ya me duelen las manos de tantas bofetadas que le doy. Pero eso sí, en esta pocilga en que vivimos, ya no habrá más bichos: o se los mato o los regalo. Él no nació para estudiar. Esa alma de Judas... ¿La marta? No se lo digas, pero yo la vi vuelta una loca, cuando se suicidó.

Desde aquel entonces Toño ha andado de la Ceca a la Meca. Yo me cambié de casa. Ayer por azar lo encontré y me dijo, con su misma ingenuidad, que se iría a Laponia, que cruzaría el Polo hasta Alaska, y yo lo felicité, y me habló de una jornada con renos dorados y perros y trineos, y oseznos blancos y armiños. ♣

Jorge Arturo Ojeda es narrador, ensayista y traductor. Entre sus obras destacan *Antes del alba*, *Don Archibaldo*, *Cartas alemanas*, *Documentos sentimentales*, *Personas fatales*, *Muchacho solo*, *Carne y huesos*, *Octavio* y *Censo de sueños*. Dirigió la revista *Mester* y colaboró en *El Nacional* y *El Búho de Excelsior*, ahora extintos, donde hizo crítica y ensayo literarios, los cuales han sido reunidos en *Esfera* por el FCE. Ha traducido a Paul Claudel, Novalis y Jean Paul. Recientemente publicó su poesía en la antología titulada *Adolescencia de amor*, así como una traducción de *Iluminaciones* de Arthur Rimbaud. En 1967, fragmentos de *Como la ciega mariposa*, su novela más celebrada, aparecieron en *Punto de partida*.

El placer de lo imposible. Tres poemas de Baudelaire

Eduardo Uribe

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

La caída de los absolutos es un arma de dos filos: por una parte, nos regala el ideal democrático, la noción de igualdad, la posibilidad de valorar el trabajo propio y la creencia en que vivir no es permanecer inmóvil; pero, a cambio —ya sin Dios ni credo, ni monarca o cualquier otro valor que esté por encima del individuo—, esta ausencia de absolutos trae consigo las aspiraciones, el ideal, la responsabilidad, la creencia en el movimiento —el progreso, el ascenso social, la superación o cualquier posibilidad de mejoría—, la angustia, el sentimiento de derrota, la soledad... Goethe pudo ver esa descompensación en la vida moderna y logró retratar al humano —demasiado humano— en toda la dimensión de su soledad cuando afirmó que fracasamos porque tenemos aspiraciones. Nada más cierto, nada más terrible.

Quizá no ha habido en la historia otro ser que haya vivido esa lucha de manera más íntima e intensa que Charles Baudelaire (tal vez Fernando Pessoa, quien tanto admiraba la vida y la obra del poeta parisino, también vivió así y por eso fue capaz de escribir: “estoy hoy vencido como si supiera la verdad”). Tanto exigió a la vida, a la poesía, al amor y a las mujeres, que al final sólo pudo recluirse en un mundo inventado donde imperaba una sola religión: *la belleza* en todos sus sentidos posibles. Tal exigencia lleva, por inercia, al desencanto: entre más alto se ponga el ideal, más dura es la caída.

Hoy, como nunca, Charles está vigente: cada uno de sus poemas es una bomba en miniatura para estos tiempos en que pasamos del ideal al desencanto en un abrir y cerrar de ojos. Él sigue siendo el padre fatídico, el envenenador de todos los lunáticos que viven el placer de lo imposible y están dispuestos a sumergirse “en el fondo de lo Desconocido para encontrar lo *nuevo*”. Queden como prueba estos tres poemas:



Última foto de Charles Baudelaire, Etienne Carjat, 1866.
Tomada de <http://baudelaire.literatura.com>



Any where out of the world
Donde sea fuera del mundo

La vida es un hospital donde cada enfermo está poseído por el deseo de cambiar de cama. Éste quisiera sufrir frente al calefactor, y aquél cree que mejoraría junto a la ventana.

Me parece que siempre estaría mejor allá, donde no estoy, y este problema de mudanza lo discuto sin cesar con mi alma.

“Dime, alma mía, pobre alma fría, ¿qué te parecería vivir en Lisboa? Allá debe hacer calor y te echarías al sol como una lagartija. Esta ciudad está a la orilla del agua; dicen que está hecha de mármol, y que la gente tiene tal odio por lo vegetal que arranca los árboles. He aquí un paisaje a tu gusto: un paisaje con la luz y el mineral, ¡y el líquido para reflejarlos!”

Mi alma no responde.

“Ya que te gusta tanto el reposo, con el espectáculo del movimiento, ¿te gustaría vivir en Holanda, esa tierra prodigiosa? Tal vez te divertirías en esa región cuya imagen has admirado a menudo en los museos. ¿Qué te parecería Rotterdam, a ti que te gustan los paisajes con mástiles y las barcas atracadas al pie de las casas?”

Mi alma permanece muda.

“¿Quizá Batavia te complacería más? Además allí encontraríamos el espíritu de Europa confundido con la belleza tropical.”

Ni una palabra. —¿Habrás muerto mi alma?

“¿Habrás llegado a ese punto de parálisis en que no disfrutas sino tu malestar? Si es así, vayamos hacia los países que son la analogía de la Muerte. —¡Ya resolví el problema, pobre alma! Haremos nuestras maletas para Tornio. Vayamos aun más lejos, al último rincón del Báltico; incluso más lejos de la vida, de ser posible; instalémonos en el polo. Allá el sol apenas roza la tierra oblicuamente y las lentas sucesiones de la luz y la noche suprimen la variedad y aumentan la monotonía, esa mitad de la nada. Allá podremos tomar largos baños de tinieblas, mientras que, para divertirnos, las auroras boreales nos enviarán de vez en cuando sus botones rosas, ¡como reflejos de fuegos artificiales del Infierno!”

Al fin estalla mi alma, y sabiamente me grita: “¡Donde sea!, ¡donde sea!, ¡con tal que sea fuera de este mundo!”

Los dones de la Luna

La Luna, que es el capricho mismo, miró por la ventana cuando dormías en tu cuna y se dijo: “Esta criatura me gusta.”

Y bajó blandamente su escalera de nubes y pasó sin ruido a través de las ventanas. Luego se posó en ti con la delicada ternura de una madre y dejó sus colores en tu cara. Tus pupilas se volvieron verdes, y tus mejillas extraordinariamente pálidas. Fue contemplando a esta visitante que tus ojos se hicieron sorprendentemente grandes; y ella te cerró la garganta con tal ternura que conservaste para siempre las ganas de llorar.

Mientras tanto, en la expansión de su alegría, la Luna llenaba la habitación como una atmósfera de fósforo, como un veneno luminoso, y toda esa luz viviente pensaba y decía: “Padecerás eternamente la influencia de mi beso. Serás bella a mi manera. Te gustará lo que me gusta y aquello que gusta de mí: el agua, las nubes, el silencio y la noche; el mar inmenso y verde; el agua informe y multiforme; el lugar donde no estarás; el amante que no conocerás; las flores monstruosas; los perfumes que hacen delirar; los gatos que se pasman sobre los pianos y gimen como las mujeres, ¡con una voz ronca y dulce!

”Y serás amada por mis amantes, cortejada por mis cortejadores. Serás la reina de los hombres de ojos verdes a quienes también cerré la garganta con mis caricias nocturnas; de aquellos a quienes les gusta el mar, el inmenso mar, tumultuoso y verde, el agua informe y multiforme, el lugar donde no están, la mujer que no conocen, las flores siniestras que parecen los incensarios de una religión desconocida, los perfumes que perturban la voluntad, y los animales salvajes y lascivos que son los emblemas de su locura.”

Y es por eso, maldita y querida niña mimada, que estoy echado a tus pies, buscando en toda tu persona el reflejo de la terrible Divinidad, de la madrina fatídica, de la nodriza envenenadora de todos los *lunáticos*.



Foto de Etienne Carjat, s/f.

Tomada de <http://baudelaire.literatura.com>

El puerto

Un puerto es una estancia amable para un alma fatigada de las luchas de la vida. La vastedad del cielo, la arquitectura móvil de las nubes, las coloraciones cambiantes del mar, el destello de los faros, son un prisma maravillosamente propio para distraer los ojos sin lastimarlos nunca. Las formas alargadas de los navíos con aparejos complicados a los que la marea imprime oscilaciones armoniosas, sirven para mantener en el alma el gusto del ritmo y de la belleza. Y además, sobre todo, hay una especie de placer misterioso y aristocrático para quien no tiene más curiosidad ni ambición, al contemplar acostado en el mirador o acodado en el muelle, todos los movimientos de quienes parten y de quienes vuelven, de quienes todavía tienen la fuerza de anhelar, el deseo de viajar o el de enriquecerse. ❷

Concurso 37 de la revista **punto de partida**

PREMIOS Y MENCIONES

CRÓNICA

Primer premio

La santa de los casos perdidos
Norma Irene Aguilar Hernández
Facultad de Ciencias Políticas, UNAM

Segundo premio

Crónicas de un andalugo
Raúl Gerardo Ortaño Bustos
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mención

Toro desencantado
María del Pilar Guadalupe Carrete Osorno
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Emiliano Pérez Cruz, Marco Lara Klahr

CUENTO

Primer premio

El vuelo de Bonifacio
Carlos Nuñezcano Contreras
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

Ayofoco
Marco Antonio Silva Martínez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Menciones

El vigilante nocturno
Lucio Alejandro Herrera Arriaga
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mueren conejos
Iara Jufresa Álvarez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Los peces rojos
Gerardo Antonio Martínez Vázquez
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Molestar
David Prunista Serrón
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Guillermo Sempere, Ana María Gomis, Andrés Aronst

CUENTO BREVE

Primer premio

Inferno
Mario Alberto Bautista Villarreal
Universidad Autónoma de Chiapas

Segundo premio

Adios
Anaía Valdés Virgen
Facultad Nacional de Antropología e Historia

Mención

Tortuga voluntaria
María del Pilar Guadalupe Carrete Osorno
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Ismael Zúñiga, Marcela Ferrnández, Víctor Cabrera

ENSAYO

Primer premio

Breve física artística
José Francisco Barrón Tovar
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

Sobre la prudencia de las grietas
Julian Dianna Gómez Turicón
Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa

Mención

En caparilla en Trieste
Eduardo Jesús Uribe Flores
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Hector Peña, Luis Felipe Haber

FOTOGRAFÍA

Primer premio

La Santa Muerte
Francisco Manuel Palma Legarza
Facultad Nacional de Antropología e Historia

Segundo premio

2ª serie centro
Cynthia Membrillo Uribe
Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado
"La Tamerlano"

Menciones

Flores, por allí es esos lugares
Luisa Estrella Sánchez
Facultad Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Masivos, "El público"
Fátimas Ballesora Ovello
Instituto de Física, UNAM

Noche de pulques
Cristina A. Aguilar Pérez
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurado: Javier Hiragoza, Tatiana Kochen

GRÁFICA

Primer premio

Serie "Mi sombra"
José Eduriges Paul Ojeda
Universidad San Carlos, ENAH, UNAM

Segundo premio

Recurso literarios
Ismás Negromaciano Mejía
Facultad de Ciencias, UNAM

Menciones

"La gallina degollada" de Ixtaccihuatl
Said Emmanuel Llorens Millán
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Musica-play-pause-rewind-forward
Sergio Alejandro Trejo Cardenas
Universidad San Carlos, ENAH, UNAM

El solo espejo de tus sentidos
Ana Cristina Mirva Gutiérrez
Escuela Nacional de Artes Plásticas, UNAM

Jurado: Sol Garcidueñas, Santiago Ortega

POESÍA

Primer premio

Te animo villi
Santiago Noel Matías Lizaro
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Segundo premio

La posibilidad de hablar como si fuera un poema
Gina Soto Martínez
Facultad Nacional de Pintura, Escultura y Grabado
"La Tamerlano"

Menciones

Malos poemas
Jorge Cicavio Martínez Acosta
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Estudio
Manuel Ernesto Palma Aguilar
Universidad de Sonora

Jurado: Myriam Moscona, Francisco Hernández, Raúl Cerón

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Se declara DESIERTO

Segundo premio

El ataud de cristal, de A.S. Byatt
Elisana Andrade Irujo
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: Mariana Marínou, Marina Fe



Poemas

Iván Cruz Osorio

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Catulo a sí mismo

*Desdichado Catulo, deja de cometer locuras
y lo que ves perdido, dalo por perdido.*

Catulo

Lo que se ha roto, Catulo, que así continúe,
no hay más;
querido es el recuerdo,
queridos los últimos besos,
el último abrazo, el calor de su mirada.
Pero no hay más,
entiende, Catulo, que no hay nada más,
antes bien espera aún lo peor,
espera lo que aún habrás de perder,
espera los chismes, la burla, el escarnio,
la feroz emboscada,
el cepo carnicero
en que se ha convertido aquella
que te amó algún día.



Dibujos de Izel Paola Montes Quezada, ENAP, UNAM

Idus de octubre

Catulo al nuevo amante de Lesbia

Apiádate, Rufo, de este pobre amante,
y no rías cuando Lesbia
me hace burla o me mira con desdén,
cuando te cuenta
de mis técnicas amatorias,
de las dimensiones de mi hombría
o de mis versos críticos que no lastiman a nadie.
Apiádate de mí, Rufo, por favor,
pero sobre todo apiádate de ti mismo,
¿qué no te das cuenta,
que cuanto más gruñe y ríe
más herida y más enferma está de mí?

Cavafis a un moderno Ulises

*Los días del pasado quedan atrás,
lúgubre hilera de velas apagadas.*

C. P. Cavafis

Ya empezado el camino
no mires hacia atrás,
no pienses en el regreso
y sigue adelante,
no echés de menos
lo que nunca fue tuyo,

únicamente se fiel al camino,
pon siempre los ojos hacia delante
y no vuelvas,
piensa que nunca habrá una Ítaca
ni una Penélope que te aguarden.

Osip Mandelstam a Marina Tsvetáieva

*Te diré una cosa:
encuentro en ti sufrimiento
en vez de alegría (...)
Sin embargo, te llamo.*

O. M.

Conmigo no hacen falta las palabras,
mírame,
te he dicho que acepto,
que de ti lo acepto todo:
el frío de tus labios,
el vacío de tus ojos,
la inmensidad de tu cielo muerto.
Pero no hables,
bésame si me quieres besar,
mírame a los ojos, amor mío,
yo acepto, yo necesito
tu mundo enfermo y doloroso.



Poemas

Andrés Márquez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Alba Silente

[fragmentos]

*La verdadera vejez del hombre empieza
el día de la muerte de su madre.*

José Lezama Lima

*A mi madre**

VIII– Incienso

Lo último que puse en el cuenco de su mano
fue una pira de copal encendido.

El patio amaneció con horror sonámbulo,
la luz concluyó con el resguardo de cenizas;

y no he de decir que mi corazón palidecía,
que los jardines flotaban en la marchitez del espacio,
ni que me afilaba las uñas con los dientes
porque no importa la monserga de mi historia
sino el zumbido silente del alba.

* Concepción murió el 13 de enero de 2002, amaneció asfixiada por una tos que le provocó infartos cerebrales. Ese día nevó en los montes y el cielo regaló un arcoiris.

Extendió sus palmas
—cavidad limítrofe del tacto,
oscuridad blandiendo preguntas y misterios.

Extendió sus palmas.

Para cuando tocó mi cuerpo,
la memoria
me arrojaba en un canasto sobre el agua.

Dibujos de Itzel Jiménez Cedillo, ENAP, UNAM



IX– Sonidos

Soñé con el día
en que escuchábamos el mar en caracoles.

Al despertar,
pongo tu vaso en mi oído:
se oye un tosido que se aleja.

X- Eternidad

Será mi corazón tu último aposento
—canasta, cofre, pesebre o túmulo—
donde contenga el marisma
y la flor turquesa de tu cuerpo.

Allí transitarás todas tus vidas,
dormida
en archipiélagos de aire.

Ahora un santuario de mutismo.
Tu cuerpo es la forma de mi dolor:
mi sabor desconocido,
falacia incandescente,
mi desahucio.

XIII

Con su lengua bordea mi cuerpo lácteo
va creando la carne que me ciñe.

Paladea su furia entre los dientes,
agazapa su instinto en húmedas caricias.

De pronto la fiera salta,
ruge con su sexo
incrusta su dentellada en medio de mi espalda.

Retengo un grito entre los labios.

—Mañana terminaremos tu tatuaje.

Sonríe,
muestra al viento sus colmillos.

XIV

Espero su advento
como a la lluvia.
Vendrá para que la habite siempre.

Ella es la surtidora de mi vida.
nosotros,



los pedestres que soy
volvemos el rostro hacia Lahuma,
—espuma de piel felina,
abnegada tentación de rugidos.

Flota hacia mi
mientras tromba mi cuerpo.

Su arrogancia
es un campo de furia
que revienta los moluscos dormidos en la arena.

Cabalga en el oleaje
como en mi cuerpo
—es en realidad,
una pantera albina
que me sabe su presa,

muerde mis labios,
mi pecho,
en cada dentellada
libera las parvadas y jaurías
que conviven en su boca—,



jamás sabré el origen
de su furia.

La sed de Venus (los lotos de la piel)

Gilberto Lastra Guerrero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE DURANGO

I

Navegas en el mar de la mano. Plasmas cerca del corazón contornos de mi fantasma: ágora iracunda de los miembros del cuerpo, perdido en el olor de tu piel: fino néctar de luz... —quién pregunta por la oscuridad—.

Las plegarias del tacto dejan de anochecer en la calma el insomnio, potro del desvelo, centro del tiempo. De la axila al cuello el puente tendido de sueños, los extremos y su ausencia destilando cargas y lenguajes de cuerpos que no existen todavía. No hay manera de satisfacer lunas colgando en la ventana. Nos miran absorta la calma y el oleaje que no tenemos, en la lágrima tardía que es el cuerpo, en el vientre: el Río del retorno.

Los ojos del cuerpo te buscan en la áspera vigilia de los días, en pantanos del silencio. Sudando la distancia esperas que las palabras viajen en la apertura del ojo de la aguja donde pasan los camellos.

...Algo se nos muere: espuma y carne erosionan por la ausencia...

II

Ella tiene la costumbre de no crecer, de guardar para el tiempo su belleza. Guardo sus recuerdos en la calma que amenaza al marino en la tormenta, en la vorágine de ascensión y su mirada: la Rosa mística, el Aleph, Carpe Diem... invocado por la eternidad del temblor de su corazón, por el abismo construido en la mirada. He caído al fondo de un ángel robado al paraíso de su cuerpo... algo espera.

III

El otoño es la resignación de la ausencia, rectificación y caída de hojas y un cuerpo que busca canto de dragones. Camino por el agua del pensamiento que no ha muerto, por el encuentro que no ha vuelto, por las aguas de silencio.

Te espero. Está mal que deje de versar las palabras que te crean, buscarte; ajeno a la espada y al escudo, a la herida y la caricia, a la lluvia de fragancias que se extienden en la cúspide de habitaciones que no habitamos, en las lágrimas heredadas por los amantes de la blancura. Sé que buscarás el modo de no morir: tengo las palabras... las encontrarás bajo la piel.

IV

Llegaste tras la tormenta, vestida de cristales y avenidas infinitas, con una falda de olas y la desnudez de estrellas. Entre llagas despertaste, sobre el mullido carnaval de muerte, flotando sobre los desfiladeros de la memoria, sin la fúnebre nota del destierro. Te encontré.

No hay palabras para aquietar al invierno, se han caído en el otoño que pende de tu sonrisa. Aguardo la primera lluvia: espero una lágrima tuya.

V

Hay caminos en mi sangre que llevan tu nombre, Susana. Hay casas deshabitadas en el olvido donde te busco, sólo la Caja de Pandora se abre para tragarme... abre la incertidumbre —ignoro—.

Somos ciervos buscando aciertos, nubes rojas donde guardar el llanto. Tú eres el papel y yo la tinta que nadie ha conocido. Eres el río donde transcurren mis palabras...

Tú eres la luna y yo la noche que esconde su brillo para la selva adormilando al hombre.

Amanece...

VI

El cielo se evapora en la sien. Los fardos del vértigo se han vuelto al ojo que te mira. La luna degollada llora todavía porque no se salvó el amor. Leonard Cohen aconsejó al viento entregarme las palabras ganadas a los muertos más amados: *And you want to travel with her, you want to travel blind, and you know that she can trust you, for you've touched her perfect body with your mind.*

Jesús, el marino, habló caminando sobre las aguas; yo lo hago caminando en tu pupila. El iluminado camina sobre las aguas; yo, mortal lo hago en la infinitud que me provoca tu evocación: mi resurrección.

En la tercera caída

Norma Irene Aguilar Hernández

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS, UNAM

Recibí la tercera palmada de la segunda caída restregándome los dedos en el pantalón de mezclilla y pellizcándome los muslos. La contienda se había emparejado. Korak yacía consumido en el centro del cuadrilátero y Piel Roja, gracias a una llave conocida como Cristo invertido, había dejado a la estrella de mi firmamento luchístico tirada en la lona, en espera de que su cuerpo —molido por casi veinte años dedicados a la lucha libre— le permitiera levantarse para comenzar la tercera caída.

Dos minutos de respiro antes de que iniciara la batalla absoluta por la corona nacional semicompleta, en poder de Korak, quien cumplía tres años invicto. Desde mi asiento —en primera fila, por supuesto— recordé a mi ídolo quince años atrás, cuando su pómulo izquierdo y su frente no habían sido profanados con diferentes microcirugías. Fueron los años en que podía continuar vapuleando a su rival sin que el peso de cuarenta y tantos años de edad se le volcara en una agilidad reducida.

En aquel tiempo me dediqué a memorizar sus movimientos, sus llaves favoritas y los castigos que le arrancaban la inminente rendición. Lo miraba en su esquina, con los codos recargados en las cuerdas superiores, mostrando un perfil que cualquier retratista hubiese enaltecido. Aunque conocí a Korak en sus inicios, ya no tenía máscara y luchaba con tan sólo veintidós años a cuestas, según mis cálculos, justo cuando me enamoré de él con ese cariño que sólo en la infancia se puede profesar.

Para cuando inició la tercera caída, medio salón Castelia —sede del evento— estaba sumergido en el al-

cohol. Los asistentes a las funciones de lucha libre en Polanco no eran como el grueso de los que van a la Arena México, dispuestos a descargar en los luchadores sus penas de obreros mancillados por la crisis económica. Algunos ni siquiera sabían cuánto costaba el boleto en primera fila, porque más de la mitad del recinto estaba ocupada por los amigos —y los amigos de los amigos— de los encargados de organizar el evento.

A quienes todavía el alcohol les daba fuerzas para hablar, gritaban: “¡Qué les pasa a esos güeyes!” Y se levantaban del asiento en espera de que algún encargado los ayudara a llegar al estacionamiento, o de perdida a un taxi seguro.

De manera que sólo las filas más baratas y yo poníamos atención al desempeño de los dos gladiadores. Korak me resultaba único y deslumbrante, no sólo porque su carrera lo había consagrado en el Pancrancio como un maestro, sino porque todavía, como en sus años de amateur, lograba arrancar los suspiros de cientos de admiradoras, las mismas que minutos antes —como yo— habían extendido las manos en espera de la bata de terciopelo negro que complementaba su atuendo, aunque el obsequio fuera devuelto al terminar la función.

Antes de que iniciara la primera caída, mis ojos ya habían recorrido a Korak hasta en los rincones más íntimos. Lo miré desde que atravesó los vestidores, con la piel fresca por el regaderazo y el cabello todavía húmedo. No había una sola cana en los rizos castaños de quien me había inyectado el amor por el mundo de las llaves y la primera dosis de lujuria cuando ni siquiera conocía el significado de esa palabra.

Korak se despojó de la bata negra con vivos dorados cuando las luces estaban apagadas, de manera que sólo un reflector de parpadeos multicolores me iba mostrando su torso desnudo, fuerte y aceitado. Aquel momento me pareció el prelude perfecto para consumir esas ganas de estrecharlo entre mis brazos y para lograr el mismo contacto cuerpo a cuerpo que él estaba teniendo con Piel Roja. Un olor a menta suave que emanaba de la bata tranquilizó mis deseos, justo cuando la prenda cayó entre mis manos.

La sonrisa de Korak, desde el cuadrilátero, me hizo pensar en que, terminando la lucha —con el pretexto del autógrafo y la entrega de la bata— podía ir a buscarlo a los vestidores. Quizá sus pupilas verdes sólo me miraron para identificar a quién había que pedirle el kimono negro; eso era lo de menos...

En la bata de mi ídolo aparecía bordada una cruz griega idéntica a la que Korak tenía tatuada en la espalda. Por ahí escurrían, ahora en la tercera caída, constantes descargas de sudor que se perdían entre las mallas negras que también eligió para la noche.

Poco me importó que su abdomen no estuviese tan bien esculpido como antes y que sus nalgas ya no sobresalieran con la misma prominencia de veinte años atrás. La batalla estaba pareja, Korak aplicaba patadas voladoras y Piel Roja le contestaba con una cerrajera; sin embargo, todo el público, al grito de “¡Korak! ¡Korak!” reconocía que mi hombre exponía, sobre el cuerpo de Piel Roja, toda la experiencia que dejan los años arriba del ring. Para ese entonces, yo sudaba como si me encontrara en el cuadrilátero, mirándolo acelerar la respiración como cuando —seguro— hacía el amor

Fotografías de la serie *Las piernas de la Coatlicue*, de Sergio Adair Martínez López, Escuela Nacional Preparatoria Núm. 7





con su esposa o con cualquier mujer que se le pusiera enfrente.

Después de una muestra —por parte de los dos gladiadores— de buen llaveo, la victoria llegó para Korak, gracias a la cruceta del enfermero. La tercera palmada intensificó los espasmos que me acechaban como el orgasmo que nunca había tenido con Korak. El público también estalló en aplausos, mientras yo me retorcí de ganas por ser el trofeo que se aferraba a su cintura por una temporada más.

Pronto, él desvió la mirada hacia donde me encontraba. Le hice una seña para indicarle que en la entrada de los vestidores le devolvería la bata.

Permanecí en un rincón oscuro del salón esperando a que mi ídolo complaciera a todos los aficionados

ansiosos de tomarse la foto. Aprovechando la penumbra dirigí mi nariz hacia las axilas de la bata negra para encontrarme con un aroma delicioso, producto de un ligero vaho sudoroso, jabón perfumado y la locioncita de menta.

Cuando Korak se acercó a mí, sentí que me cortaban las piernas. Justo andaba por ahí un fotógrafo de la revista *Tercera caída* cuando el campeón le pidió que nos tomara una fotografía para el recuerdo. Yo parecía acabada de salir de los baños de vapor. Sólo lo abracé por la cintura y ambos sonreímos, digo yo que víctimas de la misma complicidad de amantes distantes. La fotografía, el autógrafo y la efusiva despedida que esa noche me dejó Korak ya forman parte de las victorias de mi acervo luchístico. 📍

La fábula y la contrahistoria: Ibargüengoitia a través de *Los relámpagos de agosto*

Rodrigo Martínez

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES, UNAM

Hacia 1964, la narrativa hispanoamericana vivía un proceso de experimentación. Julio Cortázar había publicado *Rayuela* (1963) y Mario Vargas Llosa *La ciudad y los perros* (1963). En México, donde también existía un profundo interés por las vanguardias literarias y la práctica de técnicas de escritura novedosas, un autor de treinta y seis años, quien estaba dedicado a la dramaturgia, relegando la influencia de los *ismos* en boga, dio a conocer su primera novela y, quizá sin proponérselo, evidenció la madurez que había alcanzado la reflexión artística sobre el episodio social más agitado e inconsciente de la historia local: la Revolución mexicana. Hace cuarenta y dos años, Jorge Ibargüengoitia presentó *Los relámpagos de agosto* y obtuvo el premio Casa de las Américas con una obra que, gradualmente, se convirtió en un clásico mexicano del siglo XX.

Debido al contexto de experimentación literaria (en aquel año Vicente Leñero publicó *Los albañiles* —ejemplo de una novela polifónica y fragmentada—; y Salvador Elizondo sorprendió con la pureza técnica de *Narda o el verano*), se podía esperar que la incursión de Ibargüengoitia en la narrativa estaría a tono con estos intereses. Sin embargo, *Los relámpagos de agosto* no resultó una obra de vanguardia en la dimensión de las creaciones artísticas de su tiempo pues no fue escrita con el interés de revolucionar la estructura, el manejo del tiempo ni mucho menos el lenguaje de la novelística hispanoamericana.

La historia del general José Guadalupe Arroyo —una suerte de arquetipo del revolucionario en México— narrada a través de sus memorias, a su vez recopiladas



Fototeca del Conaculta-INBA-CNL



Fototeca del Conaculta-INBA-CNL

“por un individuo que se dice escritor mexicano” (Ibar-güengoitia), no fue un experimento preconcebido, sino literatura de entretenimiento, debate y desmitificación, cuya sorpresa radica en el manejo de recursos como la ironía y la sátira al mismo tiempo que el contenido de la obra se erige a la manera de una guía de características de la historia política de México.

El texto, sin duda, contiene una serie de rasgos para reconocer al caudillo de la revolución y también al político mexicano contemporáneo. Se trata de una fábula que anticipó los rasgos de los funcionarios públicos de nuestra era.

Los relámpagos de agosto es una novela muy sencilla. Se trata de las “memorias históricas” que ilustran la forma en que José Guadalupe Arroyo es derrotado política y militarmente. El general inicia sus memoranzas describiendo cómo fue nombrado secretario

particular por su colega Marcos González, quien había ganado las elecciones presidenciales. Sin embargo, cuando Arroyo viaja a la capital descubre que el mandatario electo falleció. Una vez en los funerales, rodeado por un mar de recelos y ambiciones, el protagonista se reúne con otros personajes y pacta la forma por medio de la cual buscarán concentrar el poder en las manos del grupo que los representa. Pero Vidal Sánchez, entonces presidente en funciones, quien es un presunto Plutarco Elías Calles, designa como gobernante interino a Pérez H., viejo enemigo de Arroyo. Vanamente, la pandilla de José Guadalupe intenta derrocar a la gente en el poder por la vía electoral. El fracaso, producto de algunas estafas políticas, así como la persecución encabezada por Vidal Sánchez contra sus detractores, obliga a la oposición a defenderse por medio de las armas.

Las peripecias de Arroyo, narradas con la forma de un *thriller*, en el cual las acciones se desencadenan con inmediatez y desarrollan una estructura lineal, no constituyen una novela de la Revolución. Tampoco, como ha asegurado Ignacio Trejo Fuentes, dan forma a una “antinovela” de aquel género. Sin duda, el tema que interesa al autor es el proceso político posterior a la revuelta armada de 1910. Sin embargo, aún cuando la novela parece una reflexión madura sobre un periodo que siempre fue mitificado, no se trata de una pieza más de la novelística revolucionaria ni, mucho menos, de una nueva modalidad narrativa que pretendiera imponerse como un esquema contrario al existente. La esencia de este texto descansa en la forma y, a pesar de que no se trata de un material de vanguardia, todo su contenido se subordina a la escritura. De modo que la temática es sólo un pretexto para desacralizar numerosas visiones e interpretaciones históricas y, de paso, una guía que describe los rasgos de una política llena de caudillos incondicionales, políticos mediocres y falsos ideólogos. *Los relámpagos de agosto* no funda la “antinovela” revolucionaria, sino la contrahistoria.

Muchos han señalado que los recursos de Ibarguengoitia son la ironía, el humor y la parodia. En efecto, aunque el narrador despreciaba lo humorístico, solía emplear algunos de sus elementos. El autor de *Las muertas* (1977), quien se agotó en vida declarando que no pretendía ser un humorista, aprovechaba, principalmente, la ironía del tipo clásico; es decir, aquella que se concentra en aludir ciertos sentidos a partir de oraciones con significados opuestos. Como señala Helena Beristáin, el objetivo de la misma es burlarse me-

dante la enunciación de una idea que, por la forma de su pronunciación, obliga a comprender una noción contraria.

Otra variación de esta técnica en *Los relámpagos de agosto*, cuya utilización también resultó notable en *Los pasos de López* (1982), consiste en el tratamiento modesto y vano de ciertas declaraciones y descripciones. Aquí, cuando un hecho considerado trascendente por algún personaje se aborda con desgano e indiferencia, como suele ocurrir con los cartones políticos de los diarios, se convierte en un acontecimiento menor. Como resultado, la ironía va transformándose en humor y, a veces, en crítica, sobre todo, porque no concede legitimidad al episodio. El momento queda desnudo ante acusaciones despiadadas. Cada instante de conflicto humano, todos los recuadros de acción bélica, que muy a menudo son tratados como sucesos épicos, se menoscaban por la llaneza de la narración y por la apatía ante el hecho que, supuestamente, tiene aires de grandeza histórica. La desmitificación de lo que de antemano es sólo aparentemente heroico se desarrolla como una forma de reflexión crítica y se erige a la manera de una visión distinta sobre periodos históricos y sociales anteriores.

Los relámpagos de agosto ha sido considerada como una novela de la Revolución. Otros han dicho que es una parodia del mismo género. Pero, desde el punto de vista de las motivaciones literarias, Ibarguengoitia nunca se propuso realizar ninguno de estos experimentos. En 1976, en una entrevista concedida a Margarita Flores (*Cartas marcadas*), el autor declararía que su objetivo era emular el género de las memorias militares,

el cual estuvo en boga durante la década de 1950. Incluso, la ocurrencia de Jorge no iba más allá, pues sólo deseaba “imitar” —que no copiar— dicho modelo pues, en verdad, ni la Revolución ni la novelística sobre este suceso le interesaban. Si bien la parodia es una “imitación burlesca” de obras, géneros, estilos o temas tratados anteriormente con seriedad, los aprietos de José Guadalupe Arroyo son una mofa de los libros de memoranzas y, únicamente por coincidencia, son burla del género o el hecho revolucionarios.

Los relámpagos de agosto es el producto de un trabajo de diseño literario y de una convicción artística donde, sin proponerse la inscripción dentro de ningún género, se ejerce un manifiesto personal sobre un episodio que, por su trascendencia, ha caracterizado la vida política mexicana del siglo XX. La narrativa de Ibargüengoitia es una contrahistoria porque, aun desinteresado en el fenómeno de la Revolución, el narrador se dio a la tarea de parodiar una forma de expresión escrita muy aprovechada por el caudillo y, a veces, por el funcionario de la época. Así, los estereotipos del líder revolucionario surgidos en el transcurso de la revuelta armada —muchos de los cuales siguen existiendo en la imagen mercadológica de los candidatos contemporáneos— producen una paradoja y generan la visión crítica y contraria de algunos hechos memorables. La contrahistoria brota como la identificación de las cualidades de un servidor público con las características de los antiguos caudillos. En resumen, se desvanece la noción de héroe nacional convirtiéndose en la figura de un político ordinario lleno de ambiciones personales y, en consecuencia, ajeno a las causas populares.

Superadas las etiquetas del humor y, por supuesto, los apuntes de parodia incomprensible, *Los relámpagos de agosto*, al igual que novelas como *Maten al león*, puede contemplarse como un catálogo de los métodos y las maneras del político mexicano del siglo XX. Como he dicho, la obra de Ibargüengoitia, antes que literatura experimental, es una escritura de contenido social. Salvo por los recursos mencionados, al autor no le interesa la renovación de la forma. Su escritura es sencilla pues la secuencia narrativa es, por lo común, de principio a fin; es decir, tiene un desarrollo cronológico. No hay rupturas de tiempo ni intercambio de voces (como haría con la novela *Las muertas*) y todo parece tener la forma de un *thriller* cinematográfico; es decir, como una progresión de secuencias sosteniendo una estructura argumental sencilla. En *Los relámpagos de agosto* la acción domina; por ello, el estilo se subordina a lo contado y, a su vez, lo narrado a los personajes y el contenido.

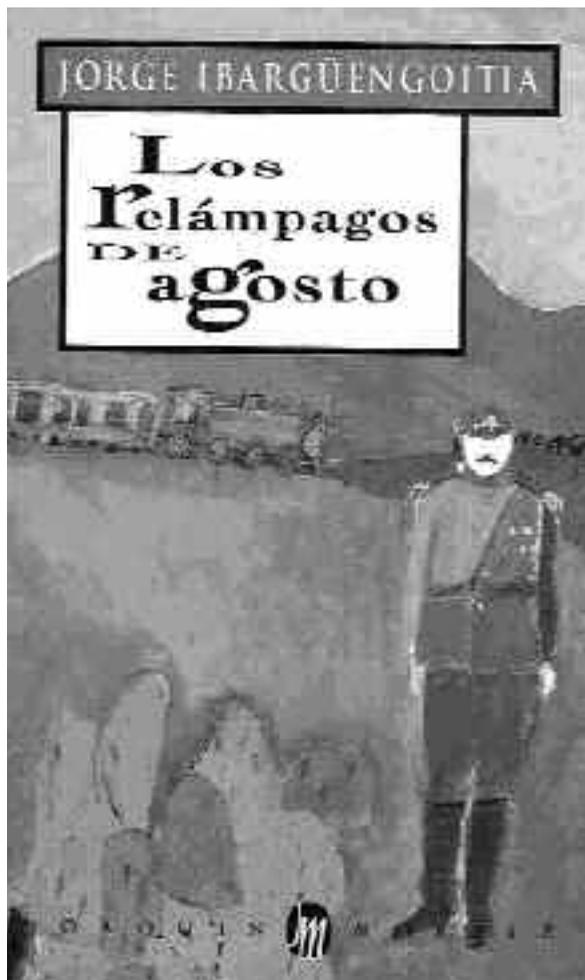
Es casi un axioma que el arte de contenido social no se interesa por la forma, y que la fantasía, al convertirse en un maquillaje de la realidad, suele ser crítica. *Los relámpagos de agosto* renunció a las pretensiones de la vanguardia para recurrir a la crítica social. En casi toda la literatura fantástica, la denuncia es fundamental; por ello, Ibargüengoitia empleó la ficción narrativa para hacernos creer en episodios falsos, los cuales, por la naturaleza de la fantasía cuya semilla es la imaginación consciente sobre lo real, son convertidos en aventuras divertidas, verídicas y críticas por su relación con la historia tangible. Resulta evidente que la obra de Jorge Ibargüengoitia es partidaria de estos métodos

porque, como él mismo lo dijo, las letras deben ser entretenimiento. Así, lo literario como pasatiempo y como denuncia de una condición humana se funden en *Los relámpagos de agosto*. La poética de Ibarguengoitia tiene dos máscaras: el esparcimiento y la denuncia.

Como ya han señalado Evodio Escalante (*Las metáforas de la crítica*) y Ana Rosa Domenella (*La trasgresión por la ironía*), *Los relámpagos de agosto* posee el sentido de la crítica y la desacralización de grandes hechos históricos. En resumen, Ibarguengoitia hizo sátira sobre el pasado mediante la ficción, la ironía y la difusión de su propio punto de vista.

El autor, quien no vaciló en demoler cada mito nacional, fue una especie de analista que revisaba un suceso a distancia y lo descalificaba. Desbaratando las versiones oficiales, él propagó su interpretación por medio de la literatura, la cual, hace cuarenta años, aún no era considerada como una fuente válida para los estudios históricos. Por ello, muchos ven esta escritura como parodia del género revolucionario; sin embargo, ahora, el trabajo literario, considerado producto de la imaginación humana, se nos revela como un vehículo legítimo para el conocimiento de la historia social.

Pero, ¿por qué la novela representa una síntesis de la vida política contemporánea? Ibarguengoitia, quien también ejerció el periodismo, era un tipo acostumbrado a la investigación. Sus indagaciones solían devenir literatura. Novelas como *Las muertas* y *Dos crímenes*, así como el cuento “El episodio cinematográfico”, tienen su fundamento en hechos reales profundamente explorados. Por ejemplo, uno de los episodios





memorables de *Los relámpagos de agosto*, en el cual un tren sería convertido en el arma letal de los rebeldes, fue inspirado por un relato de las memorias de Álvaro Obregón. Por tanto, el memorial de tipos y viñetas de estas novelas surgió de la observación de los hechos reales. Muchos de estos motivos literarios sólo se transforman mediante la aplicación de un recurso del barroco: el grotesco. El vagón dinamitado por la oposición y las peripecias del general Arroyo ilustran esta cualidad.

Por otra parte, los personajes de Ibarguengoitia están caracterizados por el acento en la llaneza. La antisolemnidad del narrador se basa en la vida cotidiana y en la investigación. Entre sus páginas existe un empeño por disminuir la interpretación épica de las figuras históricas y sus réplicas diarias. Para el autor de *Estas ruinas que ves*, personajes como Miguel Hidalgo y Plutarco Elías Calles resultaban más interesantes si se les trataba como lo que eran; es decir, gente ordinaria. La naturalidad de los caudillos los convierte en entidades literariamente más tangibles. A ello deben añadirse los encuadres grotescos, el lenguaje burocrático y la “refinada educación” de los protagonistas que, como José Guadalupe Arroyo (especie de rebelde escobarista), Sánchez Vidal (acaso Elías Calles) y el padre Perión (sin duda, Hidalgo) —este último de *Los pasos de López*— no son más que una especie de caricaturas de hombres existentes. Incluso, los seres del universo narrativo de Jorge Ibarguengoitia son tan familiares que de pronto se parecen a cualquiera de los políticos, legisladores y gobernantes que vemos todos los días en televisión.



A partir de esta particularidad, cuyo sustento es la creación de seres palpables, el narrador traza una guía de las maneras del político mexicano. Todos los recursos y comportamientos de los personajes no son, a nuestros ojos, algo novedoso; sin embargo, para una novela escrita hace cuarenta años, una caracterización de esta clase habría sido objeto de polémica. De modo que en *Los relámpagos de agosto* se advierten algunos rasgos del animal político mexicano: los incondicionales, la codicia, la exhibición de poder y la disputa por los puestos jugosos se combinan con la traición, el oportunismo y la carencia de proyectos políticos. Todos estos elementos, a la vez que verdades de la Revolución mexicana, son realidades de la política nacional. Debido a ello, la tesis de Ibarguengoitia —nada descabellada para nuestro tiempo, y que en literatura había sido manejada como un fresco impresionista por Mariano Azuela (*Los de abajo*)— es que la revuelta armada en México no dejó nada y no llevó a nada. A pesar de que Emmanuel Carballo tachó de “reaccionaria” la obra, parece evidente que el movimiento civil no tenía cohesión, homogeneidad ni principios; hecho que demuestran muchos de los estudios históricos regionales de la actualidad.

Alguna vez José Revueltas dijo que México siempre vivirá la revolución de la burguesía. Con la mirada de Ibarguengoitia, podría asegurar que México siempre encarnará la revolución de la inconsistencia pues los métodos y engaños, el robo y la traición, la creación de instituciones inútiles, la presencia de intelectuales indefensos (en apariencia vulnerables), todos productos de la visión revolucionaria, nunca contribuirán al desarrollo del país. *Los relámpagos de agosto*, esa

novela debutante que se interesó en imitar las memorias de Álvaro Obregón, encarna una tesis histórica muy trascendente porque todavía tiene vigencia: todo movimiento de un personaje político, todo héroe o caudillo, antes que mitificársele, debe verse como un hombre ordinario que busca el poder político y el desarrollo de su propia carrera o, al menos, un ascenso hacia posiciones con beneficios económicos formidables. No hay, en política nacional, cohesión y, para menoscabo de la democracia y el presidencialismo, no existen ideologías o plataformas políticas. Todo es lucha por la hegemonía individual.

El 28 de noviembre de 1983, una información publicada en *Excelsior* advertía: “El laureado escritor y periodista mexicano Jorge Ibarguengoitia es uno de los pasajeros famosos que perecieron en el accidente del Boeing 747 de Avianca, ayer en España.” Tras los datos biográficos, la nota calificaba al autor de *La ley de Herodes* como “uno de los más grandes humoristas de la literatura mexicana contemporánea”, cuyos textos “desmitifican y revelan los absurdos cotidianos” que agobian tanto a los mexicanos como a los latinoamericanos. Si Ibarguengoitia estuviera entre nosotros, habría visto la primera afirmación de este escrito “periodístico” como una ofensa o, en su defecto, como una broma redactada para homenajear al autor durante la celebración del día de muertos, especialmente, porque la narrativa del guanajuatense es una poética del entretenimiento, la crítica caricaturesca y la contrahistoria, pero jamás el resultado de un trabajo como humorista, lo cual, neciamente, es afirmado por un sinnúmero de críticos. 📍

Grabados dispersos

José Pool

ACADEMIA DE SAN CARLOS, ENAP, UNAM



Paisaje urbano, 2002, xilografía, 40.5 x 7 cm





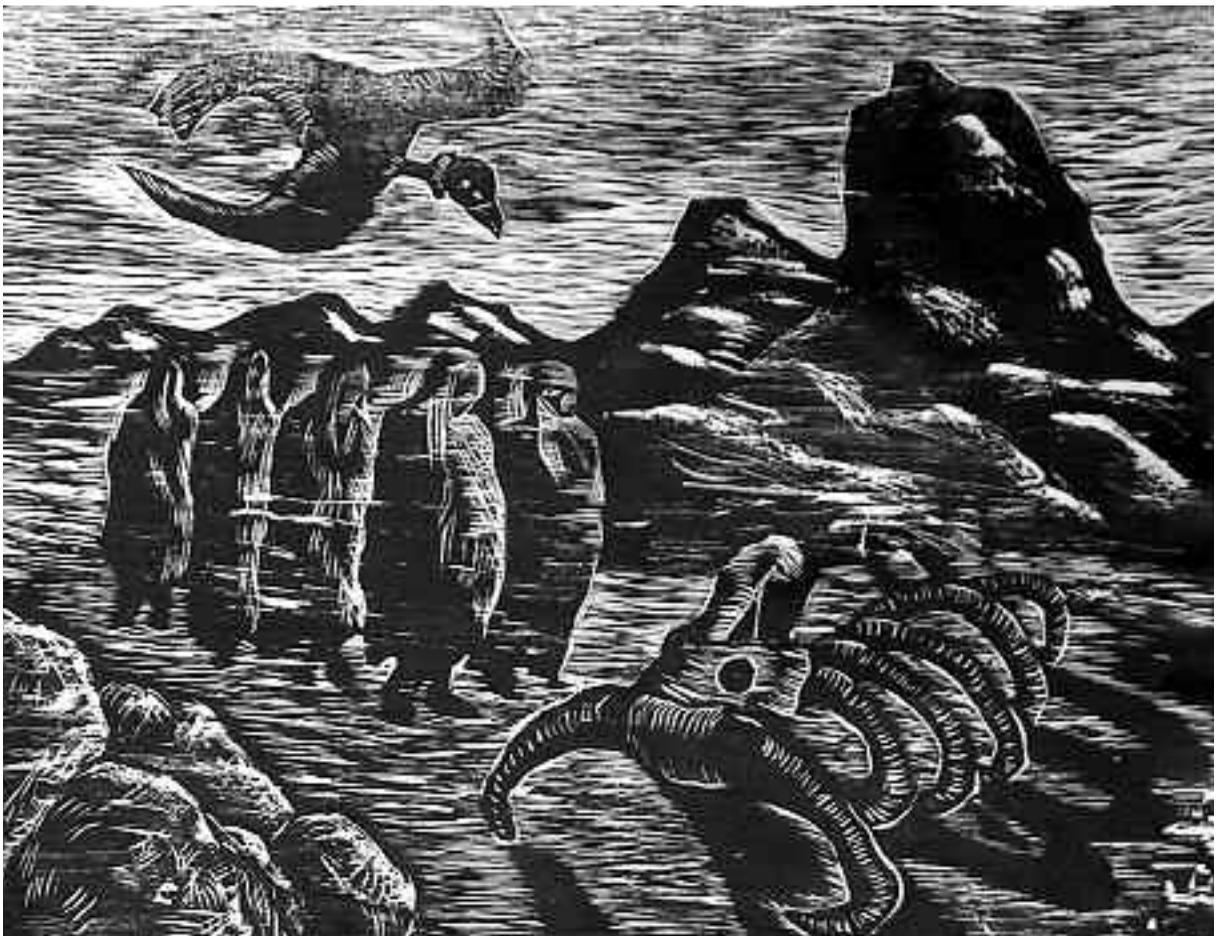
Autorretrato, 2001, plancha perdida, 21.7 x 29.5 cm



Sin título, 2001, collagrafia, ø 35 cm



Catrina con audífonos, 2001, xilografía, 26.7 x 26.8 cm



El toro y la mujer, 2000, xilografía, 34 x 26 cm



“Un tul chaacmol tu pactik le nohoch un” / Chacmol mirando a la luna, 2005, xilografía, 24.9 x 17.5 cm



“Chacmol yetel upol tzimin” / Chacmol con cabeza de caballo, 2005, xilografía, 24.7 x 17.5 cm



“Ba'tei mac” / Guerrero, 2005, xilografía, 24.8 x 17.5 cm



“Cobx ximbal le behó” / Caminemos, 2005, xilografía, 24.8 x 17.5 cm



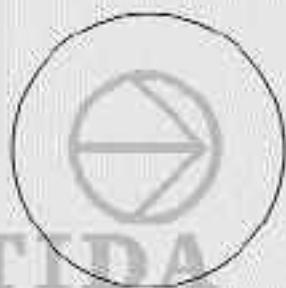
Sueño, 2000, xilografía, 20.5 x 26 cm



Fiesta brava, 2000, xilografía, 30.2 x 30.2 cm

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO DE

PARTIDA

Punto



punto
DE PARTIDA



Concurso 36

Séptima entrega

El Padre de (casi) todos los tianguis / Mención en crónica

Juan Antonio García Acevedo, Ciencias de la Comunicación

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

Jurado: Josefina Estrada, Emiliano Pérez Cruz

El padre de (casi) todos los tianguis

Juan Antonio García Acevedo

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS, UNAM

A las seis de la mañana comienza el barullo de mercancía que se carga y se descarga en muchas de las calles de esta colonia de la delegación Iztapalapa (Iztapalacra, Iztapanaca, Iztapasalsa, Iztapaloca o Iztapatransa, según sea el punto de vista, la xenofobia o los complejos clasistas de quien la nombre). El ruido de los puestos tubulares cuando son armados y de los vehículos que transportan todo tipo de mercancía, así como el trajinar temprano de multitud de comerciantes, es ya estampa conocida de los habitantes de la colonia Santa Cruz Meyehualco los días viernes de todo el año.

Poco a poco, a lo largo de toda la avenida seis, la ocho, la diez y la doce y desde la calle nueve hasta la setenta y uno, lonas y toldos de diferentes colores comienzan a llenar el paisaje, mientras los colonos que no son comerciantes se levantan para salir a sus empleos. A las ocho de la mañana, llegan los primeros marchantes en busca de aquello que en otros tianguis de la ciudad no encuentran. Vienen de todas las delegaciones e incluso del Estado de México y de otras entidades.

“¡Métale la mano, cliente!”, “¿Qué se le ofrece, marchante?” o “¡Pásele por acá, güerita!” son las voces características de los gritones que anuncian discos, ropa o comida, entre otras muchas cosas. Y es que en este tianguis se puede encontrar todo lo imaginable y en un descuido, hasta lo no imaginable: palos de golf, muñecas sin cabeza, libros en buen y mal estado, zapatos nuevos y viejos —muy viejos—, frascos vacíos de loción, perfume, conservas o tequila en diferentes colores, formas y tamaños, con tapa o sin ella; camillas

hospitalarias, pintura de todo tipo, envasada o a granel; antigüedades varias, computadoras enteras o en pedazos, ropa “de marca” sin marca o con ella, llantas especiales para la nieve, casas de campaña, flores de migajón... literalmente lo que sea.

Hay que escoger una ruta al iniciar el recorrido, pues de lo contrario puede uno perderse en el laberinto de calles y puestos que en un momento de distracción llegan a verse iguales. Además, si la curiosidad o la necesidad de algo en concreto es mucha, y se pretende recorrer todo el tianguis o cuando menos las calles principales, es necesario también llevar el tiempo suficiente para la caminata, que por lo menos puede durar un par de horas.

¿Necesita usted un par de esquíes? ¿Tal vez una cuna pa'l chilpayate? ¿Una tarjeta de módem para su PC? ¿O nada más un par de zapatos de última moda? “Por acá, patrón, si no ve lo que busca, pregunte.” Conforme se avanza la música se hace omnipresente, se compra o se regatea al ritmo de Los Tucanes de Tijuana: “...y la Chona se mueve, y a la Chona le gusta, y la Chona se mueveee al ritmo que le toquen...”; con Chente Fernández cantando “...qué de raro tienee, que me haya perdidooo por una mujeerr...” o alguna otra que sea es más o menos solicitada. También es posible que lo que se oiga sea a Johnny Rotten y Cid Vicius (Sex Pistols) y su “God save a Queen” pues hay varios puestos que venden exclusivamente música, ropa y parafernalia roquera, darketa o punketa, aunque la verdad los ritmos afroantillanos son los que “rifan” por estos rumbos: “Yo tengo el alma entusiasta y aquí en verso le diré, un homenaje a la Reina Marta, la soberana del café...”.

Fotografías de Sergio Adair Martínez López,
Escuela Nacional Preparatoria Núm. 7

Los puestos de discos originales o piratas abundan y suenan; en ellos se puede encontrar desde modernos discos compactos pasando por acetatos de 45 revoluciones por minuto o LP's de 33; o desde cassettes o cintas hasta viejísimos cartuchos sesenteros, o los todavía más viejos discos de pasta para fonógrafo, con una canción por lado y un peso considerable.

Pero no importa si lo que se vende son pantalones o tacos; muchos comerciantes llegan al tianguis equipados con algún aparato para oír música y acompañarse. Así que, como le decía, su recorrido será siempre con fondo musical: "...bailando la cumbia cantaré, a la reina del café...".

Esta colonia se fundó en los años sesenta a iniciativa del que en algún momento fuera conocido como el Rey de la Basura, sobre lo que durante muchos años fueron los tiraderos de basura de la Ciudad de México. En ese entonces, ejércitos de pepenadores vivían en improvisadas barracas al lado mismo de su "centro de trabajo", viviendas —si así se les puede llamar— muchas veces hechas de los mismos materiales que recolectaban y que servían de bardas, puertas y techos. Sometidos a un estricto control por sus líderes, en muchas ocasiones hicieron las veces de grupos de choque contra opositores al PRI.

Cuando se decretó la creación de la colonia, además de los pepenadores, muchos choferes, ayudantes y otros relacionados con el lucrativo negocio de la basura alcanzaron una pequeña casa, con "facilidades" por supuesto, siempre con la condición de permanecer fieles a su líder y al partido oficial de entonces. Todavía al pasar por estas calles después de las cinco o seis de la





tarde se pueden ver camiones de basura estacionados en la entrada de muchas casas, así como costales llenos de botellas de vidrio y cartón o papel, apilados cuidadosamente, en espera de ser “realizados”.

Siguiendo con el recorrido, hay que mencionar las calles especialmente dedicadas a la venta de basura —así le llaman los propios vendedores—, la que al parecer es buen negocio pues son muchos los lugares en los que se comercia con ella. Ahí se amontonan o se alinean perfectamente los puestos con cerros de zapatos, para muchos inservibles, mojados todavía por el aguacero de la noche anterior; pilas enormes de corbatas arrugadas y/o chorreadas de quién sabe qué; montones de radios, televisiones y aparatos electrónicos diversos en completo desorden, rotos y mugrientos pero que son tratados con el máximo cuidado e interés por distintos visitantes que los examinan para luego ofrecer, regatear y a veces comprar.

Herramienta nueva, china o taiwanesa, muy barata, junto a desarmadores sin mango o serruchos sin dientes, tubos de ensayo y matraces, laptops y decodificadores de señal de TV satelital a precio de ganga. Sorpréndase: un jeep como artículo central y principal en un puesto que también “oferta” bocinas rotas y estufas sin puertas ni parrillas. Muebles de baño, láminas, tambos y garrafones de plástico de todos los tamaños, LP’s de Laba Sosshe o del doctor Alfonso Ortiz Tirado, zapatos derechos que esperan por el dueño del izquierdo; artículos que serían invendibles (ni regalados) en otros lugares, pero que aquí encontrarán a la larga o a la corta, marchante, cliente y destino. Si no esta vez, la siguiente, si no a este precio a otro que puede nego-



ciarse entre el marchante y el vendedor si realmente hay interés en el artículo, prenda o lo que sea.

Hay quienes hacen de su visita a este lugar los días viernes una costumbre, aunque también hay venta los martes en la misma colonia pero en diferentes calles. Venir a chacharear es toda una aventura para quien sabe buscar y preguntar. Es casi como ir de caza, y aunque la única experiencia en este sentido nos venga de las viejas películas de Johnny Weissmuller haciendo el papel de Tarzán, la metáfora cinegética describe bien un día de compras en estas calles.

El melómano tiene que aguzar su vista para encontrar entre los montones de discos viejos o CD's piratas aquel compacto o LP que ya no se consigue en ningún lado, que trae la versión precisa, la interpretación maestra o la rareza del grupo o cantante preferido: ¿La banda sonora de la película *Encuentros cercanos del tercer tipo*? ¿“All you need is love”, interpretada por la Banda Mixe de Oaxaca? ¿Grabaciones de Manuel “El Loco” Valdés? La canción “Romparamos el contrato” interpretada por Son 14 se conseguía aquí incluso antes de que fuera grabada por el grupo cubano. No es broma.



El bibliófilo también tiene para entretenerse un buen rato buscando el tomo que complete su colección de Emilio Salgari, de Freud, de las obras completas de Hermelinda Linda o de las de Lenin en sus cincuenta y nueve tomos de Editorial Progreso. El mecánico, el plomero o el electricista, la pieza del taladro, el dado o la tarraja para esa chambita que no logra acabar; o tal vez la calavera o la moldura del carro que ni en la agencia existe. Bueno, el botón de la chamarra que no está en las mercerías aquí se consigue hurgando con un poco de paciencia entre la ropa de segunda, de tercera... o de cuarta.

Pero hay que saber comprar, preguntar como quien no quiere la cosa, incluso mirando hacia otro lado y no al objeto por el que se está interesado, dejarlo en donde estaba una vez oído el precio y esperar a que el vendedor diga: “Ofrézcame, patrón”, o bien: “Se lo dejo en tanto.” ¡Y aguas con las ratas de dos patas!, pues el ahorro al venir se puede convertir en pérdida, y aunque, hasta eso, no hay muchas, más vale estar alerta.

Pero luego de un par de horas de caminar, preguntar y regatear, ¡se antoja algo que refresque el calorcito! Tal vez algo para aplacar o entretener a la lombriz. Como en todo lo demás, en cuanto a comida y bebida las opciones son muchas y muy variadas. Refresco, jugo de naranja, toronja o betabel. O bien, para quien empieza temprano su fin de semana y su camino al cielo de la evasión, una michelada con hielo de dudosa higiene, o una ollita “preparada”: “escuer”, hielo, chile piquín y un “pegue”, que puede ser tequila, ron o cualquier otra cosa que apendeje. Huaraches, sopes

o quesadillas son de ley, pero tal vez el antojo apunte hacia unos buenos tacos de barbacoa, “de carne de borrego”, dice el taquero, pero no se distraiga, hay que fijarse bien que el taco no relinche o ladre, pues en ese caso hay que optar por tlacoyos, que no llevan carne y sí en cambio abundantes frijoles, nopales, queso y su respectiva salsa.

Y la música sigue: “...linda Marta vengo, porque cantarte quiero, bailando la cumbia cantaré, a la reina del café...”. Cantina y su Combo Latino se repiten una y otra vez, el “cambiadiscos” no se cansa de poner “La chicharrita del café”, aunque algunos comerciantes sí se cansan, sobre todo los de basura, que a las doce del día empiezan a recoger su mercancía, pues al parecer, las horas de venta para ellos son las primeras del día.

En varias ocasiones ha aparecido la judicial por estas calles, han hecho operativos, decomisado mercancía y detenido a algunos comerciantes. Aparecen en el tianguis —dicen— porque en él a veces se encuentran a la venta fornituras militares o balas, pero también, la neta, porque vienen por su mochada. Pero bueno, para los comerciantes éste es un aspecto más del oficio que en muchos casos han ejercido por generaciones; casi siempre se trata de un negocio familiar en donde unos juntan, compran o consiguen (aquí no vamos a discutir el origen de las mercancías), otros llevan, transportan o almacenan, y otros más venden en este gran mercado al aire libre que es la colonia Santa Cruz Meyhualco.

Y sigue la cumbia: “...bailando la cumbia ya empezó, a la reina le canto yo, linda Marta vengo, porque cantarte quiero...”. ●

Hojas negras

Jorge Rojas Rodríguez

UNIVERSIDAD DE GUANAJUATO

Tres días mirando a esos malditos pájaros negros. Deslizándose como arrugadas hojas brunas sobre el brusco aire del otoño. Graznando e imitando el rabioso sonido de un taladro. “Sé que algo va a pasar, algo no muy bueno”, me dije.

El primer día estaban en los árboles de la iglesia. Allí nos encontrábamos mi amiga Cristina y yo contemplándolos; ella fascinada, yo aterrizado. El segundo día los vi en la huerta del pueblo; caminaba en la amplia y sombría calle que justamente rodea al misterioso lugar, acompañado de mi inseparable amiga quien, sabiendo mi aversión hacia ellos, dijo:

—¡Mira, los pájaros que me gustan!



Dibujo de Uriel Pérez, ENAP, UNAM

Yo no contesté, al fin que los pájaros estaban en la calle. “No puede ser tan grave lo que hagan estos animales”, pensé en mis adentros. Pero al tercer día no pude ignorar la descarga de malas vibras que se insertó en mi cuerpo mediante un odioso escalofrío. Ni siquiera terminé el desayuno cuando un fuerte graznido irrumpió en mis oídos.

—¿Ya viste el enorme pájaro negro que está parado en el fresno?— exclamó mi hermana, sorprendida.

Nuevamente me quedé callado, escuchando cómo se confundían los graznidos del animal aquel con el alboroto de mi familia, que discutía sobre qué clase de ave de mal agüero era aquella. No me moví ni un centímetro de mi lugar. Si no lo veía, tal vez no sucedería nada. “Parece que el haber incrementado mis lecturas de temas góticos me está volviendo más supersticioso”, pensé de nueva cuenta.

De niño tomaba a juego el hecho de que siempre que veía esas aves alguien moría. Fanfarroneaba con mis amigos diciéndoles que era adivino. Ahora me doy cuenta de que sólo cuando graznan ronda la muerte. Si los escuchaba en la calle, moría alguien del pueblo, pero si sucedía en mi casa, moría alguien de mi familia. Al menos eso pasó con mi prima, mi cuñado, mi tía y mi abuelito.

Recuerdo cuando murió mi abuelo, un hombre fuerte, de gran corazón; me fascinaba escuchar sus historias. Así fue como supe que mi bisabuelo fue víctima de la revolución. Qué bueno que esa época ha quedado atrás, pero qué mal que la violencia continúe. En fin, ése es otro cuento. Volviendo al nuestro: el del deceso de mi abuelo, yo estuve allí cuando murió. Frente a su habitación había un árbol que empezó a marchitarse desde el mismo día de su fallecimiento. Únicamente quedaron unas ramas secas que se deshicieron con los golpes de la lluvia y el viento. Furiosos embates que fueron expulsando aquellas “hojas negras”: horribles pájaros que en tan sólo un instante cubrieron todo el patio, chillando y gimiendo como si de esta manera quisieran transmitir su funesto mensaje.

Mejor aquí le cortamos. Ayer fue el tercer día que escuché a esos malditos cuervos, y hoy... ¡vaya!, asistiré al funeral de uno de mis tíos. 🐼

Espacio en disidencia, o la visión que se desdobla

Christian Barragán

Iván Cruz, Leopoldo Lezama, Rafael Mondragón, René Morales, Luis Paniagua,
Luis Téllez, Alberto Trejo

Espacio en disidencia,

Editorial Praxis, México, 2005

Ante un tiempo roto, fracturado por su propia velocidad, y dentro de un espacio extraviado; en medio de un escenario estéril, hueco, informe, desollado por actos y actores pedantes, soberbios, ciegos; en un ambiente viciado por discursos fétidos, corruptos, caciques, la poesía instauro y permanece. A pesar de la nubosidad de palabras vanas e ilegibles que enturbian el paisaje, la mirada del poeta se mantiene límpida, aguzada; penetra en su derredor, en la belleza y miseria que le cercan, y reconoce lo mirado, se reconoce ahí, en sí misma (transparencia), lo hace suyo, se hace suya, se habita, se reconcilia: construye (asume y disiente) la visión que le pertenece.

De entre los poetas mexicanos posteriores a la primera mitad del siglo XX destacan tres o cuatro de los años 50, un par de la década siguiente y no más de tres de los años 70. Son pocos ciertamente; sin embargo, todos poseen una voz madura e inconfundible, así como una obra renovadora, imprescindible, un puente para con la literatura poética emergente. Y ésta, para sorpresa de muchos que aún concilian juventud con invalidez, ya existe. La conforman, en su mayoría, autores nacidos en los años 80; tres de ellos tienen un libro publicado; otros —los más— han aparecido aquí o allá en antologías, anuarios, revistas y suplementos; pero casi nada, además de esto, se sabe de ella. Por lo que la aparición, la irrupción, de un volumen que recoge la obra de siete de ellos no puede de ningún modo ignorarse.

Espacio en disidencia no es la reunión arbitraria de siete poemarios de otros tantos y distintos hacedores, no es tampoco una muestra o selección de los textos más aplaudidos por su antologador, pues ni el conjunto es una antología ni tal personaje es concebible. Es, en cambio, un acto volitivo de sus integrantes, un decir convergente, plural; red, animal de siete cabezas, aristas del mismo cristal, diálogo. Son de Chiapas, Tabasco, Oaxaca, Guanajuato, Estado de México y el Distrito Federal; además, los poetas Saúl Ibarbogoyen y Hernán Lavín Cerda han escrito la presentación y el prólogo respectivamente; tiene ciento diecinueve páginas; su edición estuvo al



cuidado de Carlos López; la acertada fotografía en la cuarta de forros es de Adela Golbard; las viñetas que dividen el interior son afortunadas; el tiraje fue de mil ejemplares y la portada es una pintura del catalán Albert Ráfols-Casamada. Es, también, una sola visión que se desdobra en siete miradas: Iván Cruz, Leopoldo Lezama, Rafael Mondragón, René Morales, Luis Paniagua, Luis Téllez y Alberto Trejo.

A pesar de las diferencias en tono y respiración, de la preferencia por algún tema o recurso en su escritura (Cruz favorece el uso de un lenguaje violento, rígido; Lezama asiste al encuentro del ritmo y el encadenamiento visual; Mondragón alterna matices de voz, experimenta con la intertextualidad; Morales habla desde el desencanto de un erotismo grotesco; Paniagua busca el conocimiento a través de la imagen, de la analogía; Téllez escruta minuciosamente la naturaleza con un vocabulario coloquial, conversa; Trejo emplea el monólogo para decir la soledad, el amor perdido, la muerte), estos poetas construyen una atmósfera lúgubre en que todo convalece, urden un círculo alrededor de la nada, del silencio. Así, en un primer momento inquietan, rechazan, disienten violentamente del espacio en que se encuentran insertados: deconstrucción; para posteriormente llegar a la nada, al fin, al principio: recomienzo; entonces, un tercer momento en que fraguan la casa que les corresponde, el nombre que los llama verdaderamente: alumbramiento.

“No habla ni calla, / su lenguaje es la vida / entre las piedras, / el no saber nada / y morir recorriendo veredas de lluvia / y despojos de tierra” (Téllez). La condición del hombre, la pobreza en que habita su vida y el mundo, es el argumento primordial que el poeta esgrime para la realización de su empresa. Señalar el dolor, “la lenta agonía de una imagen / que no termina de morir” (Trejo); reconocer la podredumbre de su existencia, el sin sentido en que se solaza, le conduce inevitablemente a la noche, al mutismo, a la muerte: “hace falta cerrar los ojos, / cerrarnos / los unos a los otros / los ojos / como a los muertos” (Cruz). Porque la deconstrucción contiene en sí el comienzo, la esperanza y la conciencia de que es posible (re)iniciar, el poeta sabe que desde la nada “aún podemos cantar”, “maullar hasta que se nos revienta la garganta”(Morales).

Entre la mudez que no es silencio y la palabra que no significa, que no posee lo nombrado; entre la noche del derrumbe y el alba de la inauguración, una pausa, el tiempo que no transcurre, la inmovilidad, lo que aún no es y todo lo que ha sido,

paréntesis. Entonces sucede el nuevo primer vislumbre, amanece: “En la mañana madura el silencio, como el pan recién hecho que regala su olor” (Mondragón) y “Todo lo que es / Todo lo que se figura en un instante y se evapora [...] / Todo lo que parecía ser verdadero y finalmente se escapaba / Todo aparece ya, todo se ordena” (Lezama). Ya no la muerte, la soledad, el vacío; ahora el día se corona de sí, la vida copula, florece la palabra, reconciliación.

Ahora el tiempo se renueva, el espacio se ocupa agradablemente, la mirada está desnuda, el mundo es claro y limpio; el poeta —asombrado— reconoce lo mirado, se reconoce ahí, en sí mismo, ensimismado, transparente, lo hace suyo, se hace suyo, se habita, nombra: “La tarde cayó / Partida en dos por la navaja / De la lluvia. / Hubo un vuelo de pájaros / Como un grito nocturno” (Paniagua).

En medio de un escenario estéril, hueco, informe, desollado por actos y actores pedantes, soberbios, ciegos; en un ambiente viciado por discursos fétidos, corruptos, caciques, la poesía instaura y permanece. Dentro de la nubosidad de palabras vanas e ilegibles que enturbian el paisaje, *Espacio en disidencia* es el horizonte en el que confluyen algunas de las miradas más límpidas y aguzadas de la poesía mexicana presente.

